

Fecha: 13-04-2024
Medio: El Mercurio
Supl.: El Mercurio - Sábado
Tipo: Noticia general
Título: LA PESADILLA DE MALLOA

Pág.: 4
Cm2: 322,1
VPE: \$ 4.230.811

Tiraje: 126.654
Lectoría: 320.543
Favorabilidad: ☐ No Definida



El 27 de enero Carabineros de Rengo se encontró con dos personas fallecidas y un joven herido al interior de un camión. Juan Pablo Mora llamó angustiado a su hermano y a su mamá, y al poco rato llegaron las ambulancias.

LA PESADILLA DE MALLOA

Juan Pablo Mora tiene 15 años y aún no asimila lo que vivió el 27 de enero. Esa mañana en el cruce de Malloa, en la Región de O'Higgins, cuatro extranjeros mataron a su padre, Francisco Mora, y al trabajador Raúl Cid, para robarles la recaudación de los tomates que habían vendido en Lo Valledor, lo que ni siquiera consiguieron. A dos meses y medio del crimen, el joven y sus familiares narran los hechos y lo que han sufrido en este tiempo. "Yo del Gobierno no espero nada", dice, crítica, la madre del único sobreviviente.

POR LEO RIQUELME

Mientras revuelve su taza de té y mastic los calzones rotos que ha preparado,

Paula Escobedo solloza. Lo hace despacio, como tratando de no incomodar, y con la vista puesta en la mesa, mientras de fondo en su acogedora casa de madera el televisor del living transmite una playlist de música religiosa.

Han pasado más de dos meses de los hechos que vienen a su memoria y cuenta que aún no logra sacarse de la cabeza la llamada telefónica que le hizo su hijo cerca de las 11 de la mañana del sábado 27 de enero.

Paula había salido a comprar y dejó el celular sobre la mesa. Cuando subía al segundo piso lo oyó sonar, pero en el momento en que fue a contestar se cortó. Al instante, sonó el equipo de su pareja, que estaba al lado.

Era Juan Pablo, su hijo menor, de 15 años. —Contesté y, uff, sus gritos eran aterradoros... pensé que me estaba haciendo una broma, porque se atropellaba al hablar. Yo le decía: "¡Hijo, no te entiendo!" —relata la mujer con angustia—. Ahí me dijo: "¡Nos asaltaron, mamá, nos asaltaronooo!"... ¡Nos dispararon y a mi papá lo mataron!".

Juan Pablo miró hacia la izquierda y vio a su padre tumbado afirmado del manubrio (...). A su derecha, en tanto, Raúl daba sus últimos respiros.

Paula conocía a Francisco Mora hace 30 años. Ella tenía 15 cuando llegó a vivir al mismo sector en que residía él con sus padres, en El Tambo, a las afueras de San Vicente de Tagua Tagua, a medio camino de Malloa, a unos 130 kilómetros al sur de Santiago, en la Región de O'Higgins. Entonces él tenía 18 y hacía su práctica de mecánico automotriz como egresado de un liceo técnico.

—Él fue mi primer pololo, nos casamos y tuvimos tres hijos. Fueron tres años de pololo más 27 de matrimonio —calcula—. De él me gustaba que era simpático, que me miraba en menos a nadie y que siempre estaba dispuesto a ayudar.

Francisco empezó a trabajar en la agricultura con su padre. Partió quitando el pasto que crecía alrededor de las cebollas, luego se puso a cultivarlas y junto a su papá iniciaron un negocio, que los llevó a arrendar predios para plantar lechugas, porotos verdes, coliflor y repollos, tras lo cual se independizó y pudo comprarse incluso su propia parcela.

Paula cuenta que ella siempre trabajó con él supervisando a los trabajadores, que alguna vez llegaron a ser hasta 40 personas. "Él era muy trabajajico, amaba su trabajo", dice ella.

La familia alternaba períodos de bonanza con otros de malos negocios, ya sea por factores climáticos, el alto costo de los insumos o errores en la estimación del mercado, como le pasó una vez que perdió unos 50 millones de pesos por seguir un consejo de plantar zapallo camote, cuyo precio terminó valien-

do nada. En esos momentos difíciles sobrevivían principalmente a punta de créditos.

Luego de tres décadas juntos, la pareja se separó hace casi seis años. Paula cuenta que se fue de la casa, cansada de las infidelidades de su marido.

"Francisco no se lo tomó bien, porque no me soltaba", reflexiona ella, aunque agrega que la relación entre ambos mejoró en los últimos años, sobre todo, tras el nacimiento de su nieto, hoy de 3 años. "Ahí empezamos a llevar la fiesta en paz", dice.

El niño es el hijo de Francisco Javier, el segundo del matrimonio Mora Escobedo, de 21 años, quien trabajaba en el campo junto a su papá. Él era quien habitualmente lo acompañaba a Lo Valledor a vender los tomates que cosechaban. Como nunca ocurría, este verano su padre decidió plantar lechugas y eso los obligó a dividirse la faena. Ese último fin de semana de enero el muchacho debía ir a venderlas a la feria de San Fernando, mientras que su papá, su hijo menor, Juan Pablo, de 15, y su trabajador, Raúl Cid, de 57, tenían que hacerlo en el principal mercado de abasto de Santiago.

La casa de Andrés Salinas queda junto a un sinuoso camino a medio kilómetro de la pequeña Plaza de Armas de Malloa. En su living permanece él y pronto aparecerán su hija Jennifer y sus tres nietas, quienes se recuestan sobre los sillones a escuchar el relato de su abuelo, en el que intervendrán en algunas ocasiones.

Jennifer Salinas es la exesposa de Raúl Cid y las tres jóvenes son sus hijas. Tienen 18, 16 y 14 años. Junto a Andrés cuentan que hasta hace unos diez años Raúl era un empleado administrativo de una empresa exportadora, función que luego desempeñó para Francisco Mora.

"A él le gustaba ese trabajo. Él trabajó en oficina muchos años, pero dadas las circunstancias y la necesidad llegó al campo... Bueno, es que la zona es agrícola", relata Jennifer, quien es funcionaria municipal.

"Raúl era bueno para las matemáticas y como fue administrativo, entonces manejaba bien el tema contable, las leyes, así que era como el brazo derecho de Francisco", agrega Andrés. Otras personas que lo conocieron cuentan que era bueno para contar chistes. "Es que era extrovertido", concuerda la hija del medio.

Ese viernes 26 de enero Raúl les contó que en la tarde viajarían a Lo Valledor. Como habían hecho en otras ocasiones, la rutina consistiría en abordar el camión del patrón en El Tambo, desplazarse a Pedro Aguirre Cerda, pagar la tarifa de ingre-

so al mercado y vender la producción de tomates, que por esos días se estaba pagando a buen precio.

Las niñas sabían que eso les significaría estar en la capital durante toda la noche y volver durante la mañana, pues debían regresar con todas las cajas vacías.

En medio de la conversación, Alondra recuerda algo que después le hizo sentido: "Siempre nos decía que era peligroso ir para allá. Decía que se ponían a pelear ahí cerca... pero dentro de La Vega, nunca nos dijo que afuera".

La última pariente que habló con él fue su hija menor. Lo hizo el sábado por teléfono, cuando regresaban a El Tambo.

—¿Contó si vio algo raro ese día?

—...

La adolescente se queda en silencio y con la vista fija al frente, sus ojos se llenan de lágrimas y sale de la habitación.



"Ahí me dijo: '¡Nos asaltaron, mamá, nos asaltaronooo!'... ¡Nos dispararon y a mi papá lo mataron!", cuenta la madre de Juan Pablo Mora. En la foto, Francisco Mora, asesinado el 27 de enero.

Unos días después de que su madre, Paula Escobedo, habló con Sábado, su hijo Juan Pablo Mora acepta relatar lo que vivió. Lo hace por teléfono, con el celular de su madre. Por esa vía cuenta que con su padre no se veían a menudo, salvo para los asados y reuniones familiares. A fines de enero, sin embargo, se fue a quedar a su casa porque deseaba trabajar y su papá le ofreció que oficiara en la corta de tomates.

—Llevo ahorrando mucho tiempo para un iPhone y necesitaba plata —explica el muchacho—. Yo iba a ir el jueves, pero me dio flojera y puse excusas para no ir a trabajar.

El viernes 26 de enero Juan Pablo sí estuvo todo el día en el predio e inicialmente no estaba considerado para viajar a Lo Valledor, pero él le insistió que lo llevara, a lo que el papá accedió porque necesitaba un reemplazo para su hijo Francisco Javier, quien el sábado debía

ir a vender lechugas a San Fernando. A las siete de la tarde Francisco lo pasó a buscar en el camión para partir con Raúl Cid a Santiago.

—En el viaje íbamos tirando tallas —rememora—. Don Raúl se la pasaba fumando, pero era simpático.

De acuerdo al registro oficial del mercado, el camión ingresó a Lo Valledor a las 21:37 horas.

Juan Pablo cuenta que su trabajo consistía en bajar las cajas a los clientes mayoristas que llegaban a comprar, y luego subirlas cuando se llevaban los frutos. Calcula que cada una pesaba unos 18 kilos.

—Como mi papá manejaba el camión, en la noche se fue a dormir a la cabina y nosotros nos quedamos vendiendo, pero

Fecha: 13-04-2024
 Medio: El Mercurio
 Supl.: El Mercurio - Sábado
 Tipo: Noticia general
 Título: LA PESADILLA DE MALLOA

Pág.: 5
 Cm2: 170,4
 VPE: \$ 2.238.459

Tiraje: 126.654
 Lectoría: 320.543
 Favorabilidad: ☐ No Definida

don Raúl estaba muerto de sueño y estaba pestañeando —cuenta—. En una lo tuve como que retar, porque habían llegado dos personas y no atinaba. Le dije: “Don Raúl, atiende al caballero”. Ahí despertó y lo atendió.

Juan Pablo había ido al mercado cuando niño, pero admite que lo hizo porque su papá quería que conociera el negocio. Esta vez, en cambio, fue a trabajar y esa madrugada quedó exhausto.

—Como a las 8 y media yo hablé con Juan Pablo. Me dijo: “Mamá, nos faltan como 13 cajas”. Yo le dije “pero, hijo, su papá las va a vender alto”. Y me respondió: “Sí, mamá, pero tengo sueño” —cuenta Paula—. Ahí le respondí: “¡Para qué fue, entonces! No se queje”.

Minutos más tarde, los tres vendedores terminaron de entregar todas las cajas y se alistaron para retornar. Antes, Francisco y Raúl compraron desayunos, incluidos unos motes con huesillos.

—Cuando mi papá pagaba las cosas, sacaba el fardo de plata —dice—. Yo sentía que era peligroso que hiciera esa cuestión.

Del mercado salieron a las 9:34 horas. La investigación apunta que desde Lo Valledor comenzaron a ser seguidos por cuatro jóvenes a bordo de un Nissan Versa gris. En el camión conducido por Francisco, Raúl, que iba en la puerta del copiloto, se durmió apenas iniciaron el viaje, mientras que Juan Pablo, que viajaba al medio, lo hizo a la altura del Buin Zoo.

El muchacho dice que apenas pudo abrir los ojos cuando notó que ingresaron por Rengo y pasaron por una estación de servicios en Malloa. Un kilómetro más al sur, en el cruce de la Ruta de la Fruta, mientras Francisco se disponía a virar hacia El Tambo, el Versa los encerró y de él bajaron al menos dos personas, una de ellas armada.

—Yo desperté con los gritos de mi papá. Los gallos estaban en la pisadera y él les decía: “¡Qué te pasa, huevón, qué te pasa!” —repasa—. Ahí empezaron a pedir mi mochila.

En ella llevaba su perfume, un desodorante en spray, chicles, su cargador, un polerón, la billetera con su cédula de identidad y la cuenta RUT, además de una cuchilla.

—Yo pasé mi mochila y mi papá la entregó... mientras el loco la recibía mi papá soltó el freno de mano y trató de prender el camión... ahí el gallo le disparó.

El sonido del balazo fue tan fuerte que el muchacho atinó a taparse los oídos y agachar la cabeza. Ahí vio que su papá tenía un bate, el que trató de sacar, pero no pudo debido a que estaba enredado entre unas sábanas.

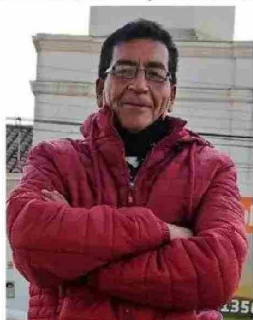
—Ahí los “locos” empezaron a pedir el otro bolso, que era de don Raúl. Lo fui a sacar, don Raúl levantó el pie, lo paso y me volví a poner las manos en los oídos porque todavía me seguía doliendo por el ruido del tiro anterior y escuchaba mal. En eso me dispararon.

Los asaltantes se bajaron y huyeron, mientras el camión comenzó a moverse solo hacia adelante. Solamente se detuvo en un letrero que anunciaba la cercanía del Santuario de San Judas Tadeo.

Juan Pablo miró hacia la izquierda y vio a su padre tumbado afirmado del manubrio. El disparo le ingresó por la zona costal, desde la altura de la axila hacia abajo. A su derecha, en tanto, Raúl daba sus últimos respiros. El muchacho se dio cuenta de que la bala que le dispararon a él le hirió el brazo izquierdo, le atravesó el derecho e impactó fatalmente al trabajador.

—Una señora me abrió la puerta, porque yo no podía abrirla, y veo que mi papá cae para el lado ya muerto —narra el joven—. Por el otro lado, con las piernas, don Raúl me estaba bloqueando el paso, pero yo lo único que quería era salir de ahí... ya no quería ver más esas imágenes.

Juan Pablo llamó angustiado a su hermano y a su mamá, y al poco rato llegaron las ambulancias. Dice que recién en ese instante se percató de que tenía ambos brazos bañados en sangre.



“A él (Raúl Cid, en la foto) le gustaba ese trabajo. Trabajó en oficina muchos años, pero dadas las circunstancias y la necesidad llegó al campo”, relata su exseñora, Jennifer Salinas.

La noticia de un incidente en Malloa se esparció rápidamente por la comunidad.

“Acá nunca pasa nada y esto pasó accidentalmente acá porque ellos iban hacia El Tambo, que es San Vicente, y donde ocurrió esto no debe haber más de tres kilómetros del hogar de las víctimas”, precisa y lamenta el alcalde malloíno, Luis Barra.

En la familia de Raúl no creían que fuera cierta la llamada que recibieron de un familiar, quien les dijo que “parece” que le habían disparado.

“Llegamos al cruce y nos encontramos con mucho tránsito, entonces seguimos de largo y consultamos. Nos confirmaron que eran ellos, entonces nos devolvimos y nos encontramos con toda esa escena”, cuenta su exsuegro Andrés Salinas.

Al lugar ya había llegado Paula Escobedo, quien al ver a su hijo ensangrentado y a su exesposo muerto se desvaneció. Tras reponerse acompañó en la ambulancia al hospital de Rengo a Juan Pablo. Antes de abordar, el muchacho le avisó al socio de su papá que los ladrones no se habían llevado el dinero de la venta de tomates, que estaba bajo el asiento en que él viajaba. Estima que eran unos 10 millones de pesos. Sostiene que recién cuando le pusieron la bata clínica sintió el dolor de sus brazos.

Los delincuentes, a esa altura, huían a unos 190 kilómetros por hora por la Ruta 5 Sur de vuelta a Santiago. El Versa era seguido por patrullas y un helicóptero policial hasta que en el Acceso Sur a la capital, en Buin, se quedó sin combustible y los carabineros detuvieron a los cuatro sospechosos, todos venezolanos entre 22 y 29 años y con estadía irregular en Chile. La Fiscalía les imputaría días más tarde tres delitos de robo con homicidio, dos en grado de consumado y uno frustrado; recep-

tación del vehículo en que perpetraron el asalto; porte ilegal del arma homicida; asociación criminal; y uso malicioso de instrumento público, pues portaban documentación falsa. El tribunal dictó cinco meses para la investigación y el hecho desató la indignación de gremios de agricultores y transportistas, que exigieron medidas contra la delincuencia, y hace dos semanas Lo Valledor dispuso un plan centrado principalmente en la exigencia de documentación chilena a los extranjeros, lo que enfrentó al centro de abasto con La Moneda.

“Yo del Gobierno no espero mucho. Nunca se hicieron presentes, cuando al final ellos tienen la culpa, porque ellos han hecho que los delincuentes estén acá. Los chilenos tenemos miedo por gente que ni siquiera corresponde a este país. Saber que estos delincuentes van a pagar sanaría un poquito este dolor”, dice Paula Escobedo.

Andrés Salinas afirma que a él lo contactó el ministro de Agricultura, Esteban Valenzuela; políticos locales y dirigentes gremiales. Lo dice mientras a su espalda está la foto de Raúl, la misma que han usado en las velaciones que han organizado para que el caso no se olvide y haya justicia para las víctimas.

—Esto truncó una vida y sus hijas quedan con nosotros, con mi señora, con su madre, pero les falta la otra parte... porque el papá es el papá —reflexiona Andrés—. Él tenía el deseo de todo padre, de trabajar por sus hijas, por su educación. Él era feliz con ellas, que eran todas buenas para estudiar. Eso lo llenaba de orgullo.

Esta semana Juan Pablo regresó al colegio. Lo hizo un mes más tarde que el resto de sus compañeros y en pleno proceso de sanación de sus heridas físicas y mentales. Su madre cuenta que ella también está con licencia en su trabajo para acompañar a todas las terapias de rehabilitación kinésica, psicológica y psiquiátrica que semanalmente copan los días de su hijo.

Paula explica que hasta hace poco Juan Pablo tenía dificultades para abrir botellas a causa de sus complicaciones para mover los dedos de la mano. Él sostiene que su movilidad va mejorando y confía en que su condición se normalizará antes de los siete meses, como han proyectado los médicos.

La mamá añade que el muchacho está con medicamentos para dormir y recientemente sufrió una crisis en la noche.

—Mi hijo Francisco Javier vino para acá, conversamos y Juan Pablo se puso a llorar. Lo he visto dos veces decir que hubiera preferido morir él antes que su papá —confidencia la madre—. Es que él lo vio morir en sus brazos. Mi hijo Francisco me dijo que él también sentía que necesitaba terapia.

Juan Pablo cree que volver a clases y estar con sus compañeros de colegio le ayudará a no pensar en lo que ha sufrido, pues admite que siente una pena profunda y muchas veces se imagina que todo lo que vivió es una pesadilla de la que alguna vez despertará. 

“Yo pasé mi mochila y mi papá la entregó... mientras el loco la recibía, mi papá soltó el freno de mano y trató de prender el camión... ahí el gallo le disparó”, relata Juan Pablo Mora, de 15 años.